

Cinco poetas cubanos

Selección y nota de Atilio Jorge Caballero

La selección de estos textos que aquí se presentan pertenecientes a (otros) cinco jóvenes poetas cubanos intenta conformar sin afanes conclusivos una primera visión, sopesada aunque no por esto menos apresurada dado su mismo carácter introductorio, de un movimiento poético que, como se podrá suponer, posee una dimensión que va mucho más allá de la redondez del número diez.

A tenor con una primera "parte" publicada por esta misma revista en su número 12 correspondiente a la primavera de 1993, a los nombres de Emilio García Montiel, Rolando Sánchez Mejía, Antonio Ponte, Omar Pérez y Alberto Rodríguez Tosca se añaden ahora éstos con la pretensión, mínimamente antologizante y no corolaria, de mostrarse como un arco donde es posible pulsar varias cuerdas que vibran en una rica diversidad de estilos y poéticas concomitantes, búsquedas individuales diversas en su originalidad o clasicismo, afanes e intenciones que conviven y sobreviven en un contexto permeado por lo circunstancial coqueteando con lo apocalíptico, la retórica ortodoxa y la austeridad casi absoluta, todo enmarcado en una aislante insularidad, esa "maldita circunstancia del agua por todas partes" de que hablara uno de nuestros poetas mayores.

La poesía, ha dicho Andrea Zanzotto, es también "construcción y composición, incluso en este momento terminal en el que todo la niega mientras ésta lo atraviesa". De tal manera, la figura del poeta como uno de los últimos practicantes de una individualidad distintiva en un entorno tan particular energiza un discurso que se vuelve sospechosamente autónomo y procaz en su autenticidad, que ignora los avatares de la moda —cómoda o no— para sumergirse en una exploración de esencias que pretende, por sobre otras muchas cosas —a mi modo de ver— colocar el problema del hombre cotidiano en una otra dimensión que me atrevo a llamar "filosófica", no obstante las contradicciones de una praxis que en

su ebullición se torna inconscientemente pragmática y/o desmitificadora. De aquí que, en ocasiones, el poeta apele a la imagen mítica (sobre todo si se trata de un "colega" ya universalizado) para entonces proponer un intercambio irónico que lo divinice en su contingencia, en su lacerante cotidianidad (A. Calderón). Aquí también la aridez de la burla y el desasosiego a través de la metáfora inusual, corrosiva (C. Alfonso); la enfática sugerencia de una suave estructura alejandrina (F. Lizárraga); la densidad semántica que busca la anagnórisis del propio discurso (R. Saunders) o la alteridad coloquial, cuasi "posmoderna" de unos textos que parecen volatilizarse mientras se "consumen" en su incandescencia (I. González C.).

Pero, como se sabe, tratándose de poesía, casi siempre toda definición se vuelve ociosa. La autosuficiencia elocuente suele ser, y espero que también suceda en este caso, otra de sus cualidades distintivas. Por tanto, sólo me queda revelar el carácter inédito de la casi totalidad de los poemas aquí presentados, añadiendo que han sido escogidos especialmente para esta edición de Poesía y Poética. Vale.

Félix Lizárraga

Excalibur

Pero tú fuiste oscuro paso vivo.

Cecilia Aguiar.

Si no estuviera solo, no escribiera estos versos.
El amor de una noche, o de tres, o de nueve,
O de un año, o de muchos, es demasiado breve
Para mí, y tiene siempre anversos y reversos,
Su poso de té amargo después de la colada.
Nada me colma, nada; soy como un hondo hueco
Donde ya tantas cosas cayeron, donde el eco
Es todo lo que queda. Y soy como una espada
Clavada en una piedra que espera por la mano,
Esa mano entre todas, que habrá de manejarla.
Tengo una edad difícil: no es tarde ni temprano.
En fin, no soy dichoso. Es por eso que escribo.
(La dicha no se escribe, nos basta con danzarla.)
Aún así, no me quejo; oscuro, paso, vivo.

Por el camino de la fe

Un modesto poblado, La Fe. Existe. Una mañana, en bicicleta. Un mogote, una loma asomada, redonda, caprichosa, en medio del camino. El camino le da la vuelta, luego. Pedaleamos, mientras tanto, hacia la loma que va creciendo, alternando texturas vegetales y de piedra desnuda.

A la manera de los paisajes de Arcimboldo, parece que toda aquella compilación de follajes suntuosamente festoneados, de yerbales traslúcidos, de peñascos veteados en matices de gris, va a resolverse, súbita, en las líneas de un rostro. Cuando el rostro está a punto de formarse, la loma queda atrás.

Por el camino de La Fe, a la manera de Arcimboldo, una loma parece decidida a mostrarnos un rostro, y no lo muestra, o tal vez nos lo muestra y no lo distinguimos.

Fuga del tokonoma

El hombre viejo araña la cal de un muro aún más viejo.

La cal se rompe con un débil chasquido polvoriento.

El hombre viejo sigue arañando como si nadara, se vuelve en el reverso de sus uñas un pez de oro sonámbulo, se fuga en los espejos de la pleamar.

Los labios (¿del pez, del viejo?) murmuran una frase mordida: "El tokonoma".

El espejo del muro le devuelve otro rostro en las espumas de la cal que se deshace.

El pez navega soñando, majestuoso, una galera con las velas de púrpura.

Las uñas van ahondando.

La reina va tendida entre la concha de las púrpuras, que olvidan sus reflejos en la carne bruñida de un joven fauno.

El pez ondula el oro absorto de su fuga.

Las uñas van ahondando, deshaciendo la cal del muro.

El joven fauno sostiene en las dos manos un espejo de bronce.

Las uñas van ahondando.

La reina ríe, entreabre los muslos, largas cintas de seda que se enroscan.

Las uñas en la cal.

La seda de los muslos se entreabre sobre el bronce bruñado.

Penetra el pececillo las espumas purpúreas.

Las uñas acarician el bruñado del fauno, espejo absorto, cal en fuga, oro que se deshace.

Los labios (unos labios) murmuran una frase mordida: "El tokonoma".

A los pies del hombre viejo, arañando la cal de un muro aún más viejo, cae un espejo de bronce con un débil chasquido polvoriento.

En su reverso un pez, una galera, un faunecillo de oro en fuga.

FELIX LIZARRAGA. (1958). Licenciado en Artes Escénicas en el Instituto Superior de Artes de La Habana. Ha publicado el libro *Beatrice* y la plaquette de poemas *Busca del unicornio*.

Carlos Alfonso

Yo también, Brutus

en arte en política o en deporte
yo puedo apasionarme como cualquiera
recostado a un poste esperar que bajen
esos seres próximos a una grandeza equis
criminales en potencia entrenadores
 talabarteros o
simples secretarias
cuyas iniciales coinciden
con el amigo personal de un César
y con una cuchilla de imprevistos
 ajusticiarlos
como se desenrolla una bobina: con
 dedicación y empeño

Soy hijo de mi hermana
he fundado un país.
Yo soy hijo del viejo
que escapó de Sodoma,
cobrando unos favores que "alguien" le debió.
Fue Lot el que no quiso entregar los emisarios,
fue Lot quien se interpuso entre ellos y el pueblo,
salió antes que lo vieran, por un golpe de mano,
salió cuando las llamas, lo llamaban "mi Lot".
Yo venía en mi hermana, como una contingencia
en mi sangre ya habían los baches de Gomorra.
Era tímido entonces,
un proyecto de salvados anillos.
El prócer de ojos como el fuego,
preguntó con los ojos qué fue de su país;
sabía que cenizas, se lo dije callado,
me expresó con los ojos que quería morir.
Sentí arrepentimiento, porque Lot ya no estaba,
atropellé palabras en las cumbres
que hicieron de mi madre
una estatua de hervíboro regazo,
y a mí un sedimento enfermo de poder.
No guíe a las familias por voces y acertijos
no hay brechas en los mares,
el dios se envalentona.
Si el dios se envalentona
ese dios es pagano,

no para el sacrificio.
Uno a uno le ofrezco mis mejores soldados,
uno a uno devuelvo convertidos en sal.
No más supersticiones, no me atrevo a mirarlos,
el creerme con mancha ha invertido la fe.
No más adversidades, mañana no habrá pueblo,
seremos una mezcla del bien y del incesto
cuando el nómada entre y aproveche el impasse.
Yo sé que me visitan las humildes covachas
y la hacen vaciar gaveta por gaveta,
todos buscan la hora de un levantamiento,
y encuentran maldiciones en una lengua muerta.
¿Serán sus concubinas que no tienen palabra?
Yo sé que se me quiere por hijo del infiel.

Volveremos a vernos le decía a mi padre,
sí no es hoy es mañana,
en la tirantez contra natura,
en los jinetes que jamás se emparejan
porque uno de ellos es múltiplo de mí.
Yo les doy una suerte que los desmoraliza,
la jauría no entiende
que es un viejo resguardo,
y mi esclavo me dice que no quiere beber.
Una herencia les dejo:
no vamos a matarlos por errores de astros,
no vamos a matarnos por el miedo a Israel.
Piensa que tu anticuario es tu paño de lágrimas,
el que hoy nos bendice
por abajo socava nuestra Arabia de apuestas,
de versiones de piedra.
Solamente un milagro evita el holocausto
de que me entierren vivo, con la cara a Canaán.

Soy Moab de equilibrio,
patricio con los años.

Yo soy esa reserva de lágrimas y agua,
yo soy esa cortina frente a nubes de polvo,
yo miro sobre ustedes con el solo mirar.
Veo a los anticuarios limpiando unos adornos,
veo miles de tribus que llegan a asentarse;
yo sé que Lot ha muerto,
y lo están preparando
para que mudo diga
le regalo el país.

CARLOS ALFONSO. (1963). Ha publicado *El segundo aire* (1987), y en 1993 *La oración de Letrán*. Tiene inédito *Síndrome de Estocolmo*.

Mirar y mirar por la ventana

No tengo idea de nada sino del amor que perdí y no se encuentra.
También de la música, sé qué es la música; pero esto no hace
que abandone mirar y mirar por la ventana.

He escrito la frase “mirar y mirar por la ventana”; pero antes
–recuerdo– la ventana era yo, y el azul del cielo.

Y viajaba en las noches. Y volvía y decía a mi madre:
–He traído un país / el país tiene actores / de esos
que te harían *ollantar*.

Lo que se proponen sé / sé qué se proponen madre:
pregúntame ya.

Escribí la palabra “ollantar” sin saber lo que *es*,
porque sí creo saber lo que *podiera ser*; de hecho
lo que cualquier cosa en un tiempo adelante tuviera conversión,
es de los Dominios...

No haría falta ser

la ventana para ello,
y a mamá en modo alguno

se le hubiera ocurrido preguntar
por lo Por–venir /

ella es la nube ella es el cielo.

Ella deseó mi suerte y me dijo mucho cuidate

Mi mujer necesita estar junto al que está con el dinero,
y yo, morir por la naturaleza de las cosas.
Adiós, malandra: ya te amaba.

Todo lo que he hecho es caminar
y ver los números impares a este lado
y a los pares de este otro...
y pienso aún que nadie podrá amarla / volver.

Voy, iré a dormirme a mi ventana: Sepan que de esto
yo no estoy muy bien apercibido: le debieron indicar
"Aférrate / al amor el amor ese amor",
y a mí debieron ofrecerme el foro, no
"Conquistalo."

Adiós, *malta* ; adiós pequeñas cosas
que uno le armaría con sus manos
antes de las ocho.
Adiós, *venturi* –aparato para modelar.

ISMAEL GONZALEZ CASTAÑER. (1961). Poeta y ensayista. Publicó en 1991 *Canciones del amante todavía persa*. Tiene inéditos los libros *Tania sin pensar en la muerte* y *Mercados verdaderos*.

Rogelio Saunders

Vater Pound

(ode in cold metro)

Vater Pound escribía sus instrucciones sobre la Poesía,
sentado junto al fuego del hogar en un Medio Oeste ya sólo
imaginado,

en la cabaña de troncos rodeada de abetos o de pinos,
con una manta escocesa sobre las piernas quebradas.

Le debo el fantasma inocente de Sexto Empírico,
y silenciosos desplazamientos de alejandrinos licenciosos.

La luna blanca y el búho sobre el pico del abeto.

Fragilidad, tu nombre es Mr. Pound.

Un niño convencido de la justeza del Universo,
y equivocándose siempre, sin embargo,
como una rosa bebiendo entre las dunas.

Pecoso y luego greñudo. Pecoso y luego.

Infinitamente greñudo.

Un viejo salvaje y frágil.

La importante distribución de los lados y la altura.

El búho blanco y la luna sobre la rama del abeto.

La barba circundando un rostro como un mar circundando una isla,
como un bosque sepultando una casa.

Pelos. Pelos. Pelos.

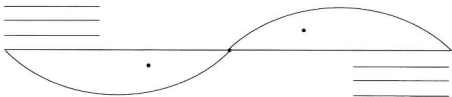
La dificultad de transmitir un conocimiento.

La dificultad de hablar en nombre de los otros.

La imposibilidad de ser hasta el fin uno mismo.

La imposibilidad. Oh la imposibilidad.

Siempre la imposibilidad, la sinusoide del trigrama.



Abeto	Luna
Casa	Búho
Anciano	Hoja pintada
Mono	Arroyo

No Cavalcanti	No Dante	No Ovidio	No Homero
No Mussolini	No Adams	No Gesell	No Confucio
No_____	No_____	No_____	No_____

Y entonces, de pronto, por así decirlo, Mr. Pound desaparece.

Mr. Pound disappears.

Haciendo honor a su nombre, se hundió en el marasmo
inextricable de la Oikonomía.

Inextricable, inexplicable.

¿Es así como uno se vuelve loco?

¿Es así como uno se vuelve loco?

¿Loco, loco, loco, loco?

¿Y por qué todo es tan frágil, tan disperso, tan híbrido?

¿Cómo cortar de una vez la cabeza verdadera de la hidra?

Mr. Pound paseándose por una calle de Londres.

Mr. Pound subido sobre el pretil de un puente.

Mr. Pound haciendo cabriolas en una ventana de Pisa.

Mr. Pound en su celda: un ideograma trazado rápidamente sobre la cal.

Mr. Pound un poco antes: colgado de una rama y chillando a la luz de la luna. Chillando de terror, balanceándose entre el follaje, una risa extraña, hi, hi, hi, hi, hi, advirtiendo a los que pasan, a lo lejos, por el cruce de caminos, brillando las hojas plateadas, los ojos saltando como ranas en el arroyo.

He aquí al Poeta.

¿O sea que la locura tiene al fin un nombre?

¿O sea que este discurso es acaparable como los granos de trigo?

¿O sea que ya pueden alzarse los párpados hinchados
y gritar en el viento: "Dios proveerá"?

El viento que es todo y que se lo lleva todo.

Dunas. Dunas. Dunas. Dunas.

Lo que fulmina, lo que mata, lo que paraliza,

¿es esto?

Lo que dispersa, lo que rasga, lo que divide, lo que enajena.

Tengo la clara certeza de estar loco mientras me balanceo en
esta rama de abeto.

Soy un búho, soy una hoja pintada, soy la luna.

Y equivocándose siempre, sin embargo.

Instrucciones, resoluciones. Pálido diccionario.

Almanaque de las cosas, lista infinita. *Infero*.

Pero sólo entonces, sin embargo, la realidad del ífero.

O mejor dicho: realidad es ífero.

O mejor dicho todavía: sólo lo real puede ser infernal.

Felipe el Hermoso: he aquí el Infierno.

Alguien lo descubrió rápidamente y sacó provecho.

Ejem. Dicho sea con sus propias palabras: *un crimen americano*.

Eliminando la residua y colocándolo en el centro del círculo:

UN CRIMEN

De modo que como decía era éste el gesto de danzar sobre
los escalones.

No bajar ni subir, simplemente danzar sobre los escalones.

Porque los escalones, como sabía Piranesi, no están encima
ni debajo: *están en todas partes*.

Esta era la locura de Piranesi.

La multiplicación de los escalones.

La proliferación de las lilas en la primavera.

La fiesta de la muerte.

El mundo crece para la soledad, *mundus ad apokalypsis*.
Construimos ciudades que no podremos habitar.
No es enteramente exacto.
Construimos las imágenes de lo inhabitable.
Estos son los espejos que salen de nuestras manos.
Somos orfebres locos, cazadores obsesidos por un cántico.
Mr. Pound con un mosquete al hombro, junto a un árbol.
Paisaje de lianas, un sueño de Rogier Van der Weyden que se
incluye sibilinamente en el cuadro, minúsculo, con un sombrero
de castor a lo Robin Goodfellow.
Símbolos espejeantes.
La máscara debe estar escondida en algún lugar del bosque.
¿Pero dónde? ¿En qué refugio soleado de la boca inmensa que
es el bosque, que es como decir el desierto, los inquietos anillos
de dunas, las olas del mar transfinito?
¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?
Silencio. Por debajo de la masa de pelos asoma un hocico
simpático.
Cuatro orificios dispuestos simétricamente. De eso hay en todas
partes.
Son los cuatro orificios universales.
Son los cuatro elementos y las cuatro letras.
Son el Norte y el Sur, son el Este y el Oeste.
Etc. Etc. Etc.
Recoger piedras para clasificarlas sería más provechoso.
Hallar la fórmula una vez es imposible.
Hallar la fórmula siempre es todavía más imposible.
Ja. Ja. Ja. Imposiblemente imposible.
Mr. Pound se ríe sentado en cuclillas sobre un cono.
Todo es real, todo es imaginario.
La risa del mono hace un remolino con las hojas plateadas.
El mono titubea pasándose un dedo por la boca.
Coloca una pirámide sobre el cubo y una esfera en el vértice de
la pirámide.
La luna sobre el pico del abeto.
El mono se ríe con ganas, como un niño, y mira de soslayo el

plátano que Mr. Pound le había prometido.
Luz que atraviesa los gruesos barrotes y proyecta una sombra
enedimensional sobre el cuadrángulo.
La sombra se sacude rítmicamente al impulso de sus
estremecimientos.
Es como una música de pequeñas campanas, como aquello
con que termina la suite *Los planetas* de Gustav Holst.
Din don din don din don din don din don.
Algo que no se oye, una especie de ideograma hecho con el
silencio y la cal.
Como en la frase profunda de los gemelos siameses, donde uno
es el asesino que escribe y el otro el asesino que escucha:
Todo fluye.

ROGELIO SAUNDERS. (1962). En 1994, la editorial Letras Cubanas publicó *Algo tan mezquino* (narrativa). Relatos suyos han sido incluidos en muestras actuales de la narrativa cubana. Miembro del Grupo *Diáspora (s)* de escritura alternativa.

Almelio Calderón Fornaris

Los pájaros de la ausencia

Para Juan Carlos Flores

1

Hay almas que se rompen
porque existen las rayas del tigre
porque existe un laberinto dentro del minotauro
porque se conquista un vacío
como se conquista un cielo.

Aceptamos al mundo como aceptamos la inocencia de los mares.
A veces
las campanas llaman a las piedras
ser estirpes o destinos de ciertas manos.
El pájaro del beodo hace estallar las arenas de mi pecho.

Los estanques de los lotos me recuerdan
el equilibrio entre el hombre y el espejo.

Suelto el ancla no quiero andar en las arcadas.
Sólo quiero el viento para conocer la morada del árbol.
Si no fuera por el mar
podríamos haber deshojado la pradera.
Soy Ulises y voy a Itaca.

La deidad se encuentra en un ánfora.
El ánfora se encuentra en una flauta,

y en ésta hay una colina, su música es de oro
sigo su voz como sigo las invocaciones.

2

Un pan de arena flota
alguien lanza agujas como cruces.
Se suicida el hombre
como se suicida la ola contra el muro interno.
Ellos se quedan con un talismán sin raíz,
pero tú partes la luz.

3

De las ranuras nacen semillas,
sierpes que amanecen con un aullido entre las puertas,
con el tiempo serán llagas
o espolones de luces en las sienas.
Yo también he recogido iconos, rescoldos que no dan aguas
sino silencios cuyos gajos caen
en un cuenco del color de las piedras.

Hay que avanzar aunque todas las cosas no conversen con Dios.
Avanzar hacia la plenitud de estos oleajes que no quieren
despertar.

Las arañas boleadoras tejen tu furia en la cisterna.

Yo estaba ahí como la misma ola en su mordedura.

Gerard de Nerval

1

En el punto negro Nerval se enfrenta al suicidio. Duelen las visiones. El tiempo es el ojo enfebrecido. Bajo la blasfemia de los instantes siento sonar los corchetes de los abrevaderos, hundidos en los vestigios de una existencia por aullar. Mares incestuosos que no han partido esperan por los cuerpos anudados de las iluminaciones.
¡TODO HA MUERTO!

Ha muerto el tiempo pasado.
Ha muerto el tiempo presente.
Ha muerto el tiempo futuro.
Los dioses se abren a una nueva cruz;
y el cielo gotea
Sólo a través del suicidio el tiempo se conquista.

2

Suena lo que existe. Las palabras son islas que arden y se desgastan junto a la calma.

La nada avanza con su zumbido de motor.

La vida ha puesto sus huevos, *la desgracia ha sido mi Dios.*

Vivimos como forasteros y tal vez la perseverancia de cruzar los brazos sea nuestra última sabiduría. Los cántaros están llenos de odio. La promiscuidad se cultiva en el país.

Odio mi casa que se marchita como la cruz cuando olvida su muerto.

Y las aves picotean.

3

El punto negro es el ojo del tiempo. He atravesado mares y espejos,
grandes pulsaciones sin encontrar aquella palabra que no alcanzo
a pronunciar pues no poseo el poder de lo muerto.

El tiempo es un Heráclito latiendo.

4

La muerte, inconstante buhardilla que nos convierte en ausentes.
Hay noches de suicidios, muchas noches que regresan tras el punto
negro. Como luces oscuras y deformes se nos ha ido la inocencia.

¿A qué iluminaciones nos someterán?

¿Dónde están los nuevos dioses por adorar?

El silencio hace su césped,
sagradas hojas caen de los árboles.

Las provincias del alma
(Fragmento)

1

Sólo el desasosiego de un hombre
puede iniciar la construcción de su existencia.
Hay tinieblas que ocultan sus latidos.

El tedio atraviesa mi cuerpo
como un cortejo que busca otro naufragio;
se alimenta de todas las meditaciones que entrega un camino.

A veces los caminos traen el sudor de la duda,
el olor de los muros.
Jamás podrán escapar de la domesticidad del mito.

2

¿A quiénes se parecen los muertos
sino a esas monedas que lanzamos al espacio?
La realidad es ilusoria.
Donde hay muros hay desangres.
Nos adaptamos a las aguas de Heráclito
como nos adaptamos a las persistencias y a las parábolas.
Los muros me duelen, la isla me duele.
La ciudad debe ser almacenada por su sabiduría, por la manera
de poseer todas las voces humanas.
La ciudad me devora con su asma, con su interrogación.

Los cielos no me reciben, no tengo marcado en la mano un destino
como Ulises,

La ciudad cambia cuando cambian los muros en las cisternas.

Los puentes son las adopciones de los puentes.

¿Qué es la eternidad sino un vacío que nos acecha?

Cada ciudad tiene un color de sangre distinto.

Cada instante es otro muro, otro estanque, otro encuentro con el
hado de las aguas.

Para Rimbaud iluminarse de sus anchas existencias era tan impor-
tante como para Verlaine conocer la dureza del cielo.

Rimbaud pertenece a los dioses, al caos, ser salvaje era la posibili-
dad de seguir viviendo. Rimbaud sepultó su muerte, deformar la
realidad lo hacía transformarse en la fiera de Blake.

Sólo golpear golpear

y cambiarán las ondulaciones de todas las campanas.

Qué conocimientos existen más allá de los remos.

Escuchad escuchad escuchad (...)

ALMELIO CALDERON FORNARIS (1966). Poemas suyos han aparecido en dife-
rentes publicaciones, así como en las antologías *Un grupo avanza silencioso* (Méxi-
co, 1989) y *Retrato de grupo* (La Habana, 1990). Publicó en 1991 el libro *Las provin-
cias del alma* (editorial Letras Cubanas).

Colección Poesía y Poética

Títulos publicados:

Encuentros con Bram van Velde
Charles Juliet

El oficio de poeta
Cesare Pavese

Conversaciones sobre Dante
Osip Mandelstam

Notas sobre poesía
Paul Valéry

El diálogo infinito
Jorge Eduardo Eielson
Una conversación con Martha
L.Canfield
(En coedición con *Artes de México*)

De próxima aparición:

La Poesía los poemas los poetas
Emilio Adolfo Westphalen
(En coedición con *Artes de México*)

Hojas de herbolario
Javier Sologuren